

Padre nuestro y oración final

* Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

* Dios todopoderoso, por la muerte de Jesucristo, tu Hijo, tú destruiste nuestra muerte; por su reposo en el sepulcro, santificaste las tumbas y, por su gloriosa resurrección, nos restituiste la vida y la inmortalidad. Escucha nuestra oración por aquellos que, muertos en Cristo y sepultados con él, anhelan la feliz esperanza de la resurrección; concede, Señor de vivos y muertos, a cuantos en la tierra te conocieron por la fe, alabarte sin fin en el cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

* Señor, dales el descanso eterno, y brille sobre ellos la luz eterna.

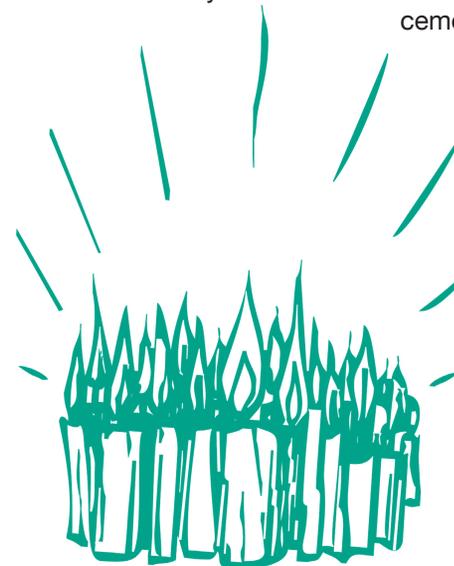
PARA REZAR EN EL CEMENTERIO

Al acercarse el 2 de noviembre (cuando se celebra la memoria de los fieles difuntos), o el aniversario de la muerte de algún familiar (padre o madre, esposo o esposa, hermano o hermana, algún hijo o hija...), solemos acudir al cementerio. Como las tres mujeres que acudieron prestas a ungir el cuerpo del Señor en el sepulcro, nosotros también pretendemos cuidar de los restos de los que se nos han adelantado en el camino de la vida, y aprovechamos para limpiar el nicho, o renovar aquellas flores de la última vez...

Se trata, en el fondo, de dedicar un rato de nuestra vida de ahora a lo que queda de aquellos con quienes compartimos tantos días, tantas vivencias. De hecho, con este recuerdo por los que han vivido en el pasado, vamos construyendo nuestra comunión con la Iglesia del cielo, y fortale-

ecemos la esperanza y la confianza de reencontrarnos algún día en el seno de Dios. Por eso ofrecemos aquí este breve material, para que, además de cuidar materialmente el recuerdo de estos hermanos nuestros, también oremos por ellos y por nosotros.

Podemos hacerlo del modo siguiente: en primer lugar, rezar uno de los dos salmos; luego, leer una de las "palabras de Jesús"; luego, hacer una breve pausa de reflexión y oración; luego, las preces; y finalmente, el Padrenuestro y la oración final. Aunque también puede hacerse más breve suprimiendo alguno de estos elementos.



Salmo 26. El Señor es mi luz

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor
contemplando su templo.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

Espero gozar
de la dicha del Señor
en el país de la vida.
Espera en el Señor,
sé valiente, ten ánimo,
espera en el Señor.

Salmo 22. El Señor es mi pastor

El Señor es mi pastor,
nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.



Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Palabras de Jesús

1. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera (Mt 11,28-30).
2. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (Jn 6,39-40).
3. Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre (Jn 11,25-26).

Preces

Señor, tú que lloraste en la tumba de Lázaro, dignate enjugar nuestras lágrimas.

Tú que resucitaste a los muertos, dignate dar la vida eterna a nuestros familiares y amigos aquí enterrados.

Tú que perdonaste en la cruz al buen ladrón y le prometiste el paraíso, dignate perdonar y llevar al cielo a nuestros familiares y amigos difuntos.

Tú que los purificaste en el agua del bautismo y los ungeste con el óleo de la confirmación, dignate admitirlos entre tus santos y elegidos.

Tú que les alimentaste con tu Cuerpo y tu Sangre, dignate también admitirlos en la mesa de tu reino.

Y a nosotros, que lloramos su muerte, dignate confortarnos con la fe y la esperanza de la vida eterna.